
Aznar entrega el V Premio FAES de la Libertad a Enrique Krauze. 16.10.14

“Nuestro proyecto de convivencia democrática ni merece ni necesita enmiendas a la totalidad que nunca, repito, nunca, han traído los efectos regeneradores que se les suponía”.

“Gracias por acompañarnos en este acto de entrega del quinto Premio Faes de la Libertad. Tuvimos el honor de iniciar esta serie entregando el I Premio de la Libertad a Su Majestad el Rey don Juan Carlos, y contar con su presencia y la de Su Majestad la Reina doña Sofía en coincidencia con la celebración de nuestro vigésimo aniversario.

Distinguimos después a Margaret Thatcher, primera ministra británica; a Shimon Peres, presidente de Israel y premio Nobel de la Paz; y a Mario Vargas Llosa, premio Nobel de Literatura.

El Premio FAES de la Libertad se ha convertido en un gran acontecimiento cultural, del cual la fundación que presido se siente orgullosa.

Hoy lo estamos de manera especial, porque celebramos nuestro vigésimo quinto aniversario y hacemos entrega de la quinta edición a un gran amigo de España y de esta casa, Enrique Krauze. Editor, crítico e historiador, incansable defensor de la libertad mediante la palabra y mediante la cultura.

Enrique Krauze nació en la Ciudad de México en 1947. Estudió y explicó ingeniería industrial en la Universidad Nacional Autónoma de México, y se doctoró en Historia por el Colegio de México en 1974.

En 1976 recibió el Premio Magda Donato por su obra titulada Caudillos culturales de la Revolución mexicana y un año más tarde comenzó su muy conocida colaboración con Octavio Paz en la revista Vuelta, de la que fue secretario de redacción y luego subdirector.

En 1992 fundó la editorial Clío y en 1999 la revista Letras Libres, de extraordinaria importancia en toda América Latina y en España, donde también se edita, ayudando a hacer realidad el español como nación cultural común.

Ingresa a la Academia Mexicana de la Historia en 1990. En 2003 recibió la Gran Cruz de la Orden Civil de Alfonso X el Sabio, que tuvo el honor de imponerle. Es miembro del Colegio Nacional de México desde 2005. En 2008 le fue concedida la Gran Cruz de la Orden de Isabel la Católica.

Ha merecido, entre otros, el Premio Comillas de Biografía y el Premio Nacional de Historia del Gobierno Mexicano. Imparte clase habitualmente en algunas de las universidades más importantes del mundo.

Su obra lo acredita como un maestro del artículo periodístico, la biografía, el ensayo y la crónica. Destacadamente, Biografía del poder, Siglo de caudillos, Por

una democracia sin adjetivos, Para salir de Babel, Retratos personales, El poder y el delirio, De héroes y mitos, y Redentores. Ideas y poder en América Latina, entre otras.

En sus textos, defiende un liberalismo capaz de paliar la tendencia relativista del poder, un temple y una actitud que permiten mirar el mundo críticamente para reforzar la verdad y la libertad.

Para Krauze, la libertad no es sólo un producto deseable de la política. La libertad es también un rasgo primario de la persona. De ahí que su enfoque sobre la Historia sea biográfico, alejado del paradigma que tanto ha dominado en las ciencias sociales, que deduce mecánicamente las acciones de los hombres del contexto en el que están.

No por casualidad, Letras Libres comenzó a publicarse en España en 2001 con un número dedicado a los nacionalismos, titulado 'Los fanatismos de la identidad'.

Con su elección y su maestría del género biográfico, Krauze desafía un arquetipo que conduce necesariamente a la irrelevancia de las personas en la Historia cultural y política.

Él, por el contrario, afirma la presencia de los sujetos en la Historia, su importancia decisiva para comprender incluso los hechos de mayor alcance social. Y al hacerlo afirma también la responsabilidad por sus actos, que nunca están dados de antemano.

Las ideas, o las tiene alguien o no existen ni se difunden; las decisiones, o las toma alguien o no existen ni tienen efectos de ningún tipo. La biografía no sólo ha de iluminar el contexto de una idea o de un acontecimiento, sino que ha de mostrar la libertad de la que proceden.

Krauze fija su atención en las vidas concretas, cargadas con todo el peso de su humanidad. Narra la vida -por emplear la expresión que da título a una de sus obras-, con toda su densidad.

Y narra también la historia del narrador, como biógrafo de biógrafos. Porque la decisión de poner la vida en primer plano de la Historia es en sí misma un acontecimiento cultural que merece atención.

En la temprana crónica titulada Tránsito por Sudamérica, de 1979, Enrique Krauze escribe que "sostener el desencanto a través de épocas dogmáticas es una herejía difícil, pero es una herejía que está en la naturaleza misma del auténtico intelectual." Así es: sostener el desencanto cuanto "hasta el paisaje es cómplice" de la falta de libertad política ha sido una de las más acabadas tareas de Enrique Krauze a lo largo de toda su vida.

Él promueve el desencantamiento del dogma de que la pobreza material y moral es inevitable; de que la violencia y la opresión carecen de remedio, de que la falta de derechos y libertades es propia de determinados países o de

determinados contextos, y que hay que aceptarlo resignadamente. Y la herejía contra el dogma impuesto se llama libertad.

El desencantamiento lúcido y esperanzado de Krauze busca causas y señala remedios. Es el de quien sabe que las cosas pueden ser distintas, mejores; que ninguna maldición condena a los pueblos, sino que ellos mismos se condenan o se redimen con sus actos, y especialmente por los actos de quienes los gobiernan.

De este modo pone ante nuestros ojos nuestras propias responsabilidades.

Y también nuestras limitaciones. Cualquier relación humana tiene en la libertad del otro un límite inevitable. Porque las personas no están hechas de una vez por todas, sino que van eligiendo a lo largo de su vida lo que quieren ser. Y a veces eligen dejar de ser lo que eran y pasar a ser algo distinto. Las circunstancias existen, pero raramente somos simples víctimas de ellas.

La libertad impide que se termine de conocer completamente a alguien, y hace que en ocasiones pueda sorprendernos dando a su vida giros y rumbos nunca previstos, elegir caminos que no son los que conocimos, caminos nuevos que nadie imaginó.

De esta materia están hechas las vidas que Krauze narra, porque esa es la trama profunda de la Historia, como todos sabemos por experiencia: alegrías y decepciones; vidas que perseveran y vidas que se transforman.

En ese empeño, Enrique Krauze ha levantado una obra cultural que tiene ya una amplitud y una hondura excepcionales, y por esa razón recibe hoy el Premio FAES de la Libertad.

Señoras y señores, queridos amigos,

La libertad ha sido el valor principal sobre el que se ha construido la historia reciente de España. Mediante nuestra Constitución de 1978 nos incorporamos a la historia universal de la libertad, que es la historia del Estado de Derecho.

Libertad no sólo como declaración de intenciones o como aspiración, sino como principio rector efectivo de la vida de los españoles.

Un proceso mediante la ley, constituyente, expresión de la voluntad originaria de todos los españoles, marco y sustento de un Estado moderno.

Creamos así el más poderoso instrumento de promoción de la justicia social del que hemos dispuesto jamás.

Convendría poner en claro, con números concretos, la magnitud de la transformación que hemos experimentado.

Comparar el número de escuelas, alumnos, profesores, hospitales, médicos, kilómetros de líneas de transporte, renta, esperanza de vida, índice de desarrollo humano, clases medias, movilidad social.

Y mostrar esa comparación a quienes, por ignorancia, por soberbia o por una combinación de ambas cosas, pretenden demoler o simplemente descuidar la inmensa obra cívica que hemos construido juntos. Comparado con la España de los años setenta, hemos hecho un país sencillamente extraordinario.

No he aceptado nunca la presunta excepcionalidad negativa de España. Ni cuando tuve responsabilidades de Gobierno, ni después. Por eso creo que la respuesta a lo que nos pasa no está en dejarnos llevar por la melancolía, ni en deslizarnos por un derrotismo siempre acechante.

Se detecta una tentación de revivir el relato del 98, lleno de buenas intenciones pero de graves errores, para explicar España como la historia circular de un fracaso. Y no lo es.

Sí, hemos cometido errores. La perfección, al parecer, solo está al alcance de los nuevos totalitarismos de soluciones mágicas, infalibles y además gratuitas.

Sí, el rendimiento de nuestras instituciones puede y debe mejorar sustancialmente.

Sí, es verdad que no será fácil recuperar a muchos ciudadanos instalados en la desafección.

Y sí, es preciso renovar la confianza en la política, no para hacer concesiones al populismo, sino para fortalecer la democracia; no para extender la sombra de la sospecha sino para despejarla.

Pero nuestro proyecto de convivencia democrática ni merece ni necesita enmiendas a la totalidad que nunca, repito, nunca, han traído los efectos regeneradores que se les suponía.

La democracia española de 1978 sólo ha decepcionado a los que nunca quisieron su éxito. A los nostálgicos del privilegio o de la vanguardia revolucionaria, que a fin de cuentas vienen a ser lo mismo.

Ese gran logro es, en primer lugar, un hecho moral, porque es un éxito construido sobre las virtudes cívicas de la gran mayoría de los españoles.

Virtudes que nos rescataron de lo peor de nuestra Historia y que, sin embargo, hoy algunos quieren retratar como deficiencias que vician en su origen la Transición y el pacto constitucional.

Admitamos que ese logro está hoy en cuestión. En España y en todo el ámbito democrático europeo.

Vuelven los viejos conocidos de la Historia de Europa. Reviven los agentes de la destrucción de la paz, la libertad y la democracia, dispuestos a dejar su huella también en el siglo XXI.

Al calor de la crisis económica y del descrédito de las instituciones; en medio de un cambio de paradigma económico y social lleno de lógicas incertidumbres, el nacionalismo y el populismo –ellos son quienes fabrican nacionalistas y populistas, no quienes los resistimos- emergen para ofrecer recetas que son hoy tan falsas como lo fueron en el pasado. E igualmente destructivas.

Y hay que decirlo, precisamente, cuando hablamos de libertad: la libertad sólo puede existir dentro de la nación, y en las instituciones que dan contenido a nuestra condición de ciudadanos.

Ni los rupturistas de la identidad ni los de la revolución quieren regenerar la democracia. Buscan lo de siempre, acabar con ella.

La corrupción económica e institucional es una amenaza verdaderamente existencial para la democracia. Pero no lo es menos la corrupción de la política, la de quienes malversan las inquietudes de los ciudadanos, la indignación y el desafecto, para conseguir réditos partidistas a costa de la frustración.

Creo sinceramente que debemos trabajar desde un compromiso lo más amplio y activo posible para que no triunfen los que creen que la historia puede deparar una segunda oportunidad a sus delirios extremistas, felizmente sepultados bajo el Muro de Berlín.

Y creo sinceramente que ese mismo compromiso, que debe ir más allá de los partidos, tiene que garantizar la nación como comunidad. Comunidad de derechos y obligaciones, comunidad económica, pero también comunidad afectiva, cultural y humana.

La alternativa a la unidad no es una cuestión de procedimientos. Es el final de nuestro marco de convivencia.

Señoras y señores,

Hace mucho que renuncié a mis responsabilidades políticas. Más de una década. Pero la nación no hay que defenderla y apreciarla sólo por tener responsabilidades, sino también por sentido de la responsabilidad.

Porque es la piedra angular de nuestra libertad de ciudadanos. Y porque la destrucción de las naciones sería la destrucción de Europa y de la posibilidad misma del proyecto europeo.

Creando firmemente esto, en los últimos años he realizado intervenciones públicas en su defensa. Y hoy mantengo el mismo compromiso personal, ético y político a la vez, al que he querido ser fiel a lo largo de toda mi vida pública.

Se podría resumir lo que nos pasa diciendo que se pretende devolvernos cuarenta años atrás. A un dilema admirablemente superado por los españoles, que decidieron reforma frente a ruptura, pluralismo frente a conflicto civil, reconciliación frente a rencor. Decidieron que convivir valía más que vencer.

Se trata, para algunos, de fabricar una falsa encrucijada histórica para imponernos otra cosa. Para que esta vez nos equivoquemos de camino.

Este es el fondo de los proyectos que quieren romper por la fuerza de los hechos nuestro marco político.

Por eso hoy, a la altura de octubre de 2014, el diálogo con el nacionalismo identitario ha de comenzar por decirle con claridad cristalina que sus actos y sus propósitos no sólo vulneran el modelo constitucional de organización territorial del Estado sino que lesionan de manera inaceptable los derechos de los ciudadanos.

Esto es lo que ocurre cuando a los ciudadanos de toda España se les priva de su derecho a decidir. Cuando a los catalanes se les quiere forzar a una elección que, como mínimo, cercenaría una parte de su identidad.

Cuando se pretende expropiarlos en Cataluña de su nacionalidad, cuando se les quiere negar la historia de la que forman parte y expulsarlos del espacio público.

Cuando se busca convertir al conciudadano en extranjero.

Que nadie se engañe, este es el efecto del nacionalismo cuando actúa sin límites, es decir, de manera antidemocrática e ilegal.

Cataluña es hoy un paisaje de ruptura, de división y de frustración. Esta es la gran obra del nacionalismo, su extraordinario éxito: romper, dividir y frustrar.

Una ruptura que proyecta frente al resto de España; una división que ha llevado al interior de la sociedad catalana; una oscura frustración que pesará por mucho tiempo en el ánimo y las actitudes de los catalanes.

¿Qué ha ganado Cataluña? ¿En qué ha mejorado? En nada que no sea profundizar las fracturas; asomarse a un futuro de empobrecimiento e inestabilidad; y alimentar a todos los que ya acreditan una experiencia centenaria en llevar a Cataluña al fracaso y presentarlo como un éxito patriótico.

El nacionalismo ha querido hacer de España la víctima de la ruptura, y ahora quiere hacerle responsable de la frustración.

Pero los nacionalistas deben mirar a quienes han prometido que la independencia sería una suerte de golpe de Estado legal, sin riesgos y en Europa.

En el nacionalismo se ha impuesto una lógica de desestabilización. No tenía por qué haber sido así necesariamente, pero es la opción que ha tomado.

Quiere romper no porque se hayan incumplido las expectativas de autogobierno contenidas en la Constitución, sino precisamente porque se han cumplido.

Lo que impugna no es una forma de interpretarla sino su continuidad y la del Estado como organización política común. Como Estado de Derecho y como garantía de igualdad de todos los españoles vivan donde vivan.

El reconocimiento de la diversidad es una característica distintiva de nuestra Constitución. Desde ella se han hecho esfuerzos genuinos de encuentro, de comprensión y de incorporación.

Esfuerzos que dieron resultados que algunos en Cataluña tal vez recuerden hoy con nostalgia.

La inmensa mayoría de los españoles viven con normalidad sentimientos de identidad compartidos, sin extravíos fanáticos ni pretensiones excluyentes, como corresponde a una sociedad abierta, tolerante y madura.

Por eso, si diéramos pábulo a esos extravíos del fanatismo, si acogiéramos la política del órdago como base de diálogo, no abriríamos ninguna operación de reforma sino que estaríamos deshaciendo nuestro acuerdo democrático. Y el fracaso estaría asegurado.

Señoras y señores,

Es ridículo conducirse como si fuera posible abordar nuevamente las grandes decisiones que se adoptaron con patriotismo y con plena lucidez al inicio de nuestro proceso democrático.

Y es más ridículo aún cuando se propone como solución. No como solución a un fracaso, sino como solución a un éxito, que es lo que el nacionalismo radicalizado pretende en su ofuscación: poner fin al éxito de España.

Pero nuestra Historia no puede deslizarse hacia donde no queremos la inmensa mayoría y hacia donde quieren unos cuantos. Existe una clara voluntad política mayoritaria que debe tener en el día a día de nuestro país el peso que ha acreditado en sucesivos procesos electorales.

Y no me refiero a mayorías silenciosas u ocultas, sino a mayorías que han hablado con toda claridad.

La sociedad española debe resistirse a esa especie de hechizo político que en ocasiones paraliza la voluntad general y la sustituye por voluntades minoritarias. Incluso por voluntades residuales que actúan sobre el conjunto del país, que fijan su agenda, y que agotan recursos y energías en empeños absurdos en un contexto como el que marca la crisis actual.

El Estado debe transmitir la fuerza y el sentido de la voluntad mayoritaria a la política diaria, a los asuntos cotidianos, a la vida de la gente.

Tenemos un problema político porque el nacionalismo, en vez de convivir bajo el techo común de la Constitución, ha optado por la confrontación y la ruptura. Y ese grado de confrontación que el nacionalismo quiere hacer inevitable no podemos ignorarlo.

España no puede ser a la vez lo que quiere la mayoría y lo que pretenden las minorías rupturistas. La democracia es un compromiso de respeto entre mayorías y minorías, pero ese compromiso es incompatible con la ruptura.

Señoras y señores, queridos amigos,

El momento que vivimos invita a la confusión y al desistimiento. Pero los que quieren hacer buena la leyenda de nuestra anomalía deben encontrarse con nuestra perseverancia en la normalidad.

Perseverancia en la defensa de las instituciones. En la apelación a los valores realmente constructivos de nuestra sociedad.

Perseverancia en la defensa de nuestra realidad constitucional, que más allá de mitificaciones innecesarias, ha demostrado ser el mejor instrumento para el progreso de nuestro país.

Nuestra responsabilidad como españoles de hoy se cifra en el hecho de negarnos a dejar de ser lo que somos. Hay que mejorar cosas, hay que reformar mucho, pero sin dejar de ser lo que somos.

Porque lo que somos es bueno y nos ha permitido llevar a nuestro país al mejor momento de su Historia sin comparación posible.

Esta es una responsabilidad de gran exigencia cívica que no podemos transferir y que no debemos eludir.

Si otros buscan la confrontación, tendremos que asumirla, pero no podemos quedarnos ahí.

Necesitamos la mejor política. La que trabaja para articular voluntades, para sumar personas y proyectos, para renovar la invitación a la concordia dentro de la ley.

La política que integra visiones plurales de España en un acuerdo democrático. La que se compromete con las expectativas y con las inquietudes reales de los ciudadanos.

En suma, la política que nos permite seguir respondiendo juntos a los desafíos de libertad y progreso que compartimos como españoles y como europeos.

En ese esfuerzo debemos contar con los mejores ejemplos. Hoy premiamos uno de ellos, el ejemplo cívico e intelectual de largo aliento de Enrique Krauze.

Si los tenemos presentes, estoy seguro de que lograremos nuestro propósito de ser un firme eslabón más en la continuidad histórica de la mejor España.”.